



VIGÉSIMO ANIVERSARIO.

## JOSÉ MARTINEZ MONROY,

falleció el 22 Setiembre 1861.

Todas las misas que en dicho día se celebren en el altar mayor de la Iglesia del Santo Hospital de Caridad, desde las ocho á las doce de su mañana, serán aplicadas por el eterno descanso de su alma.

El alumbrado y vela estará en la referida Iglesia, teniendo igual aplicacion los ejercicios que darán principio á las cinco de la tarde.

Su familia ruega á sus amigos le encomienden á Dios.

### EL ECO DE CARTAGENA.

Miércoles 21 de Setiembre de 1881.

Mañana hace veinte años que falleció el ilustre vate D. José Martínez Monroy.

EL ECO DE CARTAGENA, consagra un cariñoso recuerdo á la memoria de este preclaro hijo de nuestra querida ciudad, á la que honró con sus talentos.

La memoria de Monroy vivirá eternamente, en el corazón de los buenos cartageneros, que, con justicia, le considerarán como una de sus más legítimas glorias.

### ORÁN.

#### RECUERDOS HISTORICOS

III.

#### LA RECONQUISTA.

La guerra de sucesion habia concluido. La paz de Utrech saludó en el príncipe de San Fernando al Duque de Anjou bajo el nombre de Felipe V. No obstante todavia quedaba á España que luchar largos años con Austria, la Francia y la Inglaterra en los fuertes empeños á que la llevaba la política de Alberoni. Fué preciso que el nuevo monarca apartase de los negocios del Estado para llegar á una paz definitiva. Solo así el rey D. Felipe pudo tender su vista sobre la abatida plaza de Ceuta que habia veintiseis años que sufría estrecho cerco de los moros. Frente de Sierra Bullones, habían levantado los sitiadores una población fortificada con jardines de recreo, entre los cuales descollaba el palacio del emperador que aún en ruinas subsiste y es conocido por el nombre de *Castro de San Pedro*. Nombió el Rey para salvar á Ceu-

ta al marqués de Lede, poniendo á sus órdenes diez y seis mil hombres de tropas veteranas y de valor probado en las pasadas guerras de Sicilia y de Cerdeña. Con estas fuerzas acometió las trincheras enemigas haciendo desalojar de ellas á los cuarenta mil moros que la defendían, con pérdida de treinta y tres piezas de artillería, que se trajo á España como trofeo de su victoria, junto con tres estandartes enemigos que después presentó el Rey en el santuario de Atocha.

Nuevas complicaciones políticas volvieron á llevar nuestras armas á Italia; el inglés, fija su vista en el Peñon, seguía cauteloso nuestros pasos; y la Europa miraba con recelo los formidables armamentos marítimos que se aprestaban en los puertos de Barcelona, Málaga y Alicante. Las miras de semejantes preparativos no tendían seguramente al Africa; pero Felipe V se vió precisado á dar distinto rumbo á sus proyectos. El duque de Riperdá que, desde su caída de la gracia del soberano, anduvo errante de corte en corte, deslumbrado ahora por brillantes promesas de la parte del marroquí, abjurando de la patria, de su religion y de su nombre, ciñóse el turbante del mahometano y se hizo personaje en la corte de Muley Abdallah, bajo el nombre de Osman. Con él le vemos figurar al frente de una buena parte del ejército del emperador, que era precisamente lo que buscaba su deseo de venganza contra España, al someterse á la circuncision. Felipe V vió en su antiguo favorito un segundo conde D. Julian y salióle al encuentro en su camino, dirigiendo sus aprestos sobre la plaza de Orán que se hallaba bajo el protectorado del emperador de Marruecos.

Para el efecto se reunieron en el puerto de Alicante cincuenta y cuatro buques de guerra y más de quinientos de transporte, con treinta mil hombres de desembarco, entre los cuales iban muchos individuos del estado noble que se alistaron voluntariamente para la guerra contra infieles. Confió el rey el mando de la Escudra á D. Francisco Cornejo y el del Ejército á D. José Carrillo de Albornoz, duque de Montemar.

Partió la expedición de Alicante el día 15 de Junio de mil setecientos treinta y dos y el veintinueve fondeó en las Aguadas, cerca de Mazalquivir donde se hizo el desembarco de las tropas. Los moros sorprendidos de tan inesperada visita, trataron de detenerlas, presentándose en numerosos grupos, pero fueron desalojados y perseguidos de cerro en cerro por los cañones de la Escudra, y las compañías de granaderos, las cuales llegaron á acampar en la eminencia que domina á Mazalquivir. La sorpresa fué tal que la plaza y el castillo entraron en capitulaciones y se entregaron. El bey Hassan, apenas tuvo noticia de estos sucesos y de la aproximación de los españoles, abandona precipitadamente á Orán con su guarnición, de modo que un simple destacamento de nuestras tropas ocupó tranquilamente la plaza sin disparar un tiro; habiendo encontrado en ella ciento treinta y ocho cañones, siete morteros y abundantes repuestos de viveres y pertrechos. Seis buques que habia en el puerto cayeron también en nuestro poder.

Como se vé el éxito de la empresa no pudo ser ni más rápido, ni más lianero; la fortuna se declaró desde un principio por las armas españolas; y fué lástima grande que estas no pasaran más adelante en su carrera triunfal por las costas berberiscas. El Duque de Montemar, satisfecho el objeto que le llevara á las playas africanas, dejó en Orán al marqués de Santa Cruz con ocho mil hombres, y el dió la vuelta á España con el resto del Ejército y la Armada, donde fué recibido en triunfo, obteniendo por premio el Toison de oro.

Todavía no se habían estinguido los ecos de júbilo por las pasadas victorias, cuando nuevas noticias del Africa vinieron á contristar los ánimos. Arrepentido Hassan de su cobardía volvió sobre Orán á la cabeza de numeroso ejército, poniendo á su guarnición en grave aprieto; al mismo tiempo que los renegados Ali Den y Osman (duque de Riperdá) lo hacían sobre Ceuta á la cabeza de treinta mil marroquíes. Como estos no venían todos juntos, el gobernador de la plaza D. Antonio Manso tuvo la suerte de desbaratar su vanguardia, en una salida que hizo con sus tropas, con lo cual llevando el miedo á los demás evitó el que pasaran adelante en sus intentos. Por esta derrota, Riperdá cayó de la gra-

cia del emperador y fué encerrado en una mazmorra.

No menos valeroso que el gobernador de Ceuta, aunque más desgraciado, el marqués de Santa Cruz dejó también los muros de Orán para presentar la batalla en campo llano al enemigo. Sangriento fué el choque y reñida la victoria; el marqués halló la muerte en el heroísmo, y con él otros distinguidos cabos de su ejército; el de Valdecañas cayó cautivo de los moros; pero estos tuvieron que retirarse vencidos á los montes inmediatos. Allí tuvieron noticia del desastre de Ceuta, la cual fué de un gran efecto moral entre ellos, pues no creyéndose seguros en aquellas guaridas, concluyeron por abandonarlas. Con esto quedó tranquila la plaza de Orán por la parte de tierra.

Para asegurarla por la del mar envió el rey al jefe de escudra don Blas de Lezo con seis navios, llevando en ellos cinco mil hombres de refuerzo para la plaza, que dejó en ella, después de auventar los buques enemigos que la bloqueaban. Luego se dió á su persecución teniendo la suerte de encontrarse con la capitana de Argel que era un navio de sesenta cañones. Este huyó á refugiarse en la ensenada de Mozagan, cuya entrada estaba defendida por dos baterías y cuatro mil moros. Lezo, despreciándolo todo, se entró tras del buque enemigo y apesar del vivísimo fuego que de todas partes se le hacia, consiguió incendiarlo y echarlo á pique, batiendo al mismo tiempo las baterías con gran pérdida de moros y turcos.

El terror que esta acción produjo entre los argelinos fué tan grande que les llevó á implorar la ayuda del Gran Señor. El general Lezo que tuvo conocimiento de ello salió á interceptar los socorros cruzando desde la Galita hasta cabo Negro y Túnez. Cincuenta días estuvo en acecho de ellos, sin resultado y al cabo de este tiempo tuvo que retirarse obligado por una epidemia de calenturas que se desarrolló en la escudra de que él mismo no quedó libre. El rey le premió los buenos servicios de esta campaña con el ascenso á teniente general.

A los sesenta años de los anteriores sucesos las plazas de Orán y de Mazalquivir volvieron á poder de los moros por el tratado de paz con la Regencia de Argel, dándose por razones de esta cesión lo costoso de la conservación de ambas plazas y lo poco sano de su clima; viniendo á robustecer tales conveniencias los temblores de tierra de mil setecientos noventa y uno.

Fué el primer desacierto de Carlos IV; y acaso la única cosa de que España tenga que acusar á su pri-